

Historia secreta de Chile. 2015

Jorge Baradit. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana/Penguin Random House Group. 169 páginas.

Hace muchos tiempo, y con muy poca frecuencia en el mercado editorial, suceden fenómenos como este. *Historia secreta de Chile* (2015) de Jorge Baradit (1969) se publica por primera vez en julio del año recién pasado y ya para octubre del mismo alcanza su sexta edición. Un llamado *best-seller* dentro de la industria de las letras criolla que además ostenta con orgullo la etiqueta de literatura de no ficción; géneros provenientes o cercanos a la biografía (autorizadas o no), la autobiografía, las memorias, las novelas históricas, etc. en las que el lector descubren antecedentes poco familiares de personajes provienen de la (a veces) sagrada cuna del abolengo histórico chileno. Con *Historia secreta de Chile* de Baradit continuamos por la senda de lo transgénico/transmedial donde los caminos historiográficos trazados conviven con hechos y acontecimientos recogidos por el autor de aquellos anales ciertamente apócrifos de nuestra historia, adyacentes a los patrones inalterables de lo “oficial”, pero relegados al gabinete de los chismes.

Baradit ya se antepuso en algunas de sus obras previas a esta marginalidad de la anécdota y, en cambio, ha tomado ventaja de este descuido de la academia o de los eruditos y ha forjado una ruta propia en el que el “lado B” de la historia nacional (como se reza en la solapa del libro) es el protagonista. En sus seis obras previas *Ygdrasil* (2005); *Trinidad* (2007); *Synco* (2008); *Kalfukura. El corazón de la tierra* (2009); *Policía del karma* (2011) y *Lluscuma* (2012), este diseñador gráfico y escritor, ha construido historias donde sus personajes, algunos seres reales y otros ficticios, deambulan por lugares/espacios antes desatendidos y ahora convertidos en imágenes concretas. Baradit ha optado por explorar nuevos soportes visuales, aproximándose a la novela gráfica; la ilustración; el libro-objeto y el cómic. Al mismo tiempo, las bandas sonoras (*soundtracks*); las piezas audiovisuales y los documentales falsos (*mockumentaries*), las páginas Web le ofrecen otras formas de expresión que encajan perfectamente con su proyecto literario-visual o visual-literario. La combinación de estos diferentes elementos y formas de procesamiento de los recursos literarios y artísticos implica la imbricación de géneros y discursos que de manera transmedial/transmodal enriquecen la experiencia de lectura y, al mismo tiempo, brinda al autor el recurso de una alternativa dinámica para configurar su obra. El caso que se analiza a continuación, irrumpe en el cuestionamiento de las verdades absolutas e intocables; las mismas teclas que Baradit toca anteriormente en *Synco*, que pasa a constituir el episodio de clausura de *Historia Secreta de Chile*.

El libro de marras consta de 12 capítulos, a los que se suman el “Prólogo” –sin firmar–

que ocupa las primeras páginas del libro; la “Bibliografía” –que apunta todo tipo de textos, desde crónicas del Chile colonial, libros de historia de reconocidos autores (como Latcham y Vicuña Mackenna) hasta noticias recogidas de páginas Web–, y la “Memoria”, suerte de dedicatoria del autor a toda su familia y una declarada defensa del pueblo chileno: esforzado, trabajador, suficiente pero luchador, que ha pagado por los pecados de aquellos que cometen los crímenes más crueles en el país.

Previo al capítulo inaugural, una cita del cuento “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” (1940) de Jorge Luis Borges advierte sobre la naturaleza del contenido: “... ya en las memorias un pasado ficticio ocupa el sitio del otro, del que nada sabemos con certidumbre –ni siquiera que es falso”. Con estas palabras, Baradit nos adelanta que, de entrada, nos encontramos con relatos en que las versiones del pasado no intentan superponerse unas sobre otras, sino que conviven, por muy nimias e insignificantes que algunas parezcan o que se quieran hacer parecer. El “Prólogo” y la cita actúan como apartados de introito/obertura de la historia secreta; de una escritura que revela el carácter narratológico de aquella historia que es armada con las pinceladas del orden impuesto por ciertas preferencias o disposiciones para con los actores y los debates trazados en momentos determinados del devenir chileno. Muestra de ello, es el adelanto del autor a manera de prolegomeno englobador de su propuesta de restauración histórica: “Soy escritor, tiendo a leer la realidad en formato de novela” (9), siguiendo los postulados de Hayden White quien en *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX* (1973) señala las semejanzas que comparten los discursos literarios e históricos al nivel del manejo del lenguaje en la forma discursiva y en el tratamiento del contenido. La referencia no explícita a Zygmunt Bauman, cuando Baradit señala “La historia es líquida” (11), no es menor, pues da cabida a la plasticidad como atributo de los hechos que serán moldeados al antojo de aquel que empuña la pluma. De esta forma, comenzará a revelarse al lector hechos sobre personajes y monumentos históricos, algunos constantes en el inconciente colectivo como Arturo Prat, Manuel Rodríguez o Salvador Allende, y otros que se inclinan más hacia el anonimato como el reino francés de la Araucanía y Ingrid Olderock.

Desde el inicio de la obra se instala una primera imagen, la del país como cementerio, que grafica acertadamente la cosmogonía planetaria nacional. Desde su fundación la nación se observa catastrófica, telúrica y tanática, una suerte de mortuorio “campamento” –como lo define el autor– que prevalece hasta nuestros días. El espacio heterotópico foucaultiano excede sus propios límites y su esencia replicante convocando a todo el territorio nacional y a cada individuo atrapado en su interior, lo quiera o no, por los hilos de los acontecimientos tramados durante siglos.

En los 12 capítulos en los que se divide el libro, el lector encuentra este espíritu que soterradamente va entregando claves importantes que le permiten dimensionar la devastación humana, social y política chilena a través de personajes próceres, otros menos familiares y algunos controversiales. Paralelamente, este espíritu se compagina con eventos que envuelven a estos sujetos, muchos de los cuales pueden rayar con lo absurdo y lo fantástico, pero que

se nutren de sentido en la medida en que los relatos avanzan.

Los primeros cinco capítulos enmarcan el periodo histórico desde la emancipación hasta la consolidación de un modelo de Estado republicano marcado por los desencuentros y sacrificios de los “héroes” de la Patria, supremos protagonistas de una saga independentista en las que los soldados de la 4ta Compañía del Regimiento Chacabuco, mueren asediados por montoneros peruanos en la batalla de La Concepción; sepultados bajo el anonimato y convertidos en reliquias “NN” [“Los corazones de los soldados de La Concepción”]. Se trata de un anonimato que en el capítulo “El cadáver perdido de Manuel Rodríguez” actúa como una anomalía que, de acuerdo a Baradit, sindicada al patriota como nuestro primer detenido desaparecido (49). Esta es ciertamente otra imagen potente que conecta, cual hilo rojo, a todos los relatos: terremoto, cementerio y desaparición; tres grandes consignas de lo adverso con las cuales nos identificamos históricamente. Sin embargo, más que centrarse en develar la personalidad de estos personajes, el autor se encomienda en detallar el ambiente y las circunstancias en que estos seres se desenvuelven, es decir, ellos son el vehículo para dar a conocer las prácticas sociales y políticas del país en esos años. Mientras estos destinos se entrecruzan, en el primer capítulo “Arturo Prat era espiritista” se cuenta como el espiritismo se convierte en la moda de la *elite* chilena del siglo XIX, al mismo tiempo que el positivismo científico trata de abrirse paso hacia el progreso, para marcar distancia de la superstición arraigada en la antigua colonia española. Esta práctica –de la que Arturo Prat fuera un ferviente seguidor– entra a jugar un papel crucial en el cambio de mentalidad de los hombres y las mujeres de la época, quienes perciben su entorno y lo inconmensurable más allá de los cristalizados preceptos de la fe, a la que no se oponen, sino que entiende el espiritismo como una vía alterna para acceder al conocimiento tangible e intangible; es –dice Baradit–: “Una forma de búsqueda legítima, personal y directa” (22). En el siguiente capítulo “El misterio del Cristo de Mayo y el terremoto de 1647” aparece la otra imagen bajo la cual se interpreta el devenir trágico chileno: el terremoto. Es Santiago de la Nueva Extremadura en el siglo XVII que con una población de 4 mil habitantes se enfrenta a una muerte inminente por enfermedades como el tifus y la gripe; la suciedad y la pobreza tras el sismo de magnitud 8.5 Richter del 13 de mayo de 1647, uno de los peores registrados en Chile. La colonia se convierte en lo que el autor llama un “cementerio humeante” (30) o “territorio apocalíptico” (37) plagado de desventura donde el germen de la superstición emerge en la cándida imagen del Cristo de la Agonía que se salva de la catástrofe.

Cierra la primera parte, “La estrella solitaria y los símbolos luciferinos chilenos” que grafica la simbología oculta en el emblema patrio más importante: la bandera. Al abrigo del iluminismo del siglo XVII surge la Logia Lautaro o Logia de los Caballeros Racionales, del que formaron parte los forjadores de la independencia americana: Francisco de Miranda, José de San Martín, Bernardo O’Higgins y Simón Bolívar. Entre los símbolos esotéricos que el conciliábulo honraba el más trascendental fue la estrella de la mañana o lucero del alba, conocido antiguamente como Venus o Lucifer/*Lux Phoros*, latín traducido como “el que trae

la luz”, es decir, la conducción del país recae en las manos de aquellos hombres que la llevarán desde el oscurantismo de la ignorancia hacia el brillante conocimiento.

En la segunda parte del libro, la biografía de los personajes se vuelve la materia protagonista; en ocasiones fueron sujetos que desarrollaron actividades insólitas y que en el transcurso de los siglos jugaron papeles claves en acontecimientos prósperos y dramáticos de la historia chilena. Se trata de hombres y mujeres poco conocidos u ocultos (a propósito), como el olvidado marinero Luis Ugarte, quien saltó junto a Prat y que encontró en la Esmeralda “su propio féretro” (127) [“El marino olvidado que saltó con Prat”]. Algunos se dedicaron a salvar vidas con ayuda del más allá, como se cuenta en el capítulo “Jaime Galté, un médium republicano”, donde el abogado y profesor de la Universidad de Chile, deja de lado las exigencias de su profesión para dedicarse a servir de *médium* del doctor suizo Halfanne luego de ser introducido al mundo del espiritismo por Ricardo Prat, el hermano menor del mártir de Iquique. En las sesiones de la logia masónica *Prometeo 101*, Galté alojó al espíritu de un inglés de nombre Lowe con el que escribió tres libros, el principal *El escarabajo sagrado*, que relata la existencia de un objeto mágico traído de Oriente y oculto en nuestro territorio. Es el Chile de los gobiernos liberales con interés social, laico y comunitario, pero que, pese a persistir en la búsqueda del conocimiento luciferino, sigue con un pie en las prácticas esotéricas -como se observa en varios momentos de los capítulos anteriores-. Aparecen individuos que inventaron monarquías a mediados del siglo XIX, como en el capítulo “El reino francés en la Araucanía aún existe y tiene herederos en Europa”, donde el abogado y masón Orélie Antoine arriba en octubre de 1860 a Valdivia, para coronarse como Antoine I, Rey de la Araucanía y la Patagonia, príncipe de Aucas, duque de Kialeou y Conde de Alsená, con la venia de los caciques mapuche de los alrededores. Orélie fue un raptado, una suerte de invitado a formar parte de la comunidad indígena -aprendió rápidamente las costumbres y la lengua- como lo fueran en su momento Pineda y Bascuñán y Gusinde. Incansable en su delirio de establecer una monarquía en las pampas del fin del mundo, acuña su propia moneda, y diseña un escudo y una bandera que aún hoy alimenta la esperanza en las mentes de sus sucesores. Los hubieron aquellos que quitaron vidas de manera brutal y que pagaron por sus crímenes siendo ajusticiados por sus propias víctimas, como Silva Renard [“¿Quién mató a Silva Renard, el general de la masacre de a Escuela Santa María?”] responsable de la masacre del Motín de la carne, para aplacar la revuelta social contra las alzas de precios en carnicerías y mataderos de Santiago. Más tarde, la tragedia que lidera el 21 de diciembre de 1907 en Santa María de Iquique, es para Baradit la primera gran acción de fuerza usada por los militares contra el pueblo, al que se considera el enemigo interno. Mientas se erigen efigies en memoria de personajes siniestros, Antonio Ramón Ramón, el justiciero armado contrahegemónico descansa en una tumba anónima, repitiéndose el dramático sino del pueblo chileno. En “Ingrid Olderock, un monstruo chileno” la conocida verdugo de la dictadura, avanza en su “carrera” y se consolida como torturadora en el centro La Discotheque conocido como la Venda Sexy, sobreviviendo a un atentado en su contra ejecutado por los miristas Raúl

Castro y Carlos Bruit. Su búsqueda de salvación la lleva a refugiarse en Alemania oriental a cambio de revelar información sobre el régimen, corroborando que los malvados siempre escapan a una posible sentencia final. En “La conspiración de la Virgen de Peñablanca” los militares, usando como títere a un joven desequilibrado Miguel Ángel Poblete, embaucan a todo el país representando falsos milagros de fe en Peñablanca, el “epicentro del terremoto religioso” (139). Es 1983 y el engaño se extiende por los cordones de pobreza periféricos generando lo que el autor llama el “Santo Grial de la desinformación” (138), voladeros de luces -literalmente- para mantener a la población expectante de los inventados designios de la Virgen María a través del más tarde transfigurado Karol Romanov, descendiente de zares rusos. El mensajero se deja engatusar, en tanto en Chile se tortura, se desaparecen cuerpos y se asesinan recreando un cementerio al aire libre, desapercibido por todos los ojos que están fijos en las apariciones de la santa madre.

El último capítulo se titula “La Internet de Allende”, que trata de la implementa de SYNCO, el Sistema de Coordinación y Control, creado por el británico Stafford Beer, el padre de la cibernética. El proyecto estuvo listo en agosto de 1973, poco antes del golpe de Estado, y su objetivo era coordinar logísticamente a 400 camiones que permanecieron fieles a Allende abasteciendo a la ciudad de Santiago, en momentos en que los militares complotan con Estados Unidos para generar la escasez de alimentos en el país. Junto a CYBERFOLK, un circuito de TV con consola para que el pueblo votara en sesiones municipales, la Unidad Popular aspiró a convertir a Santiago en una “nueva Camelot [...] un temprano Silicon Valley” (160), con Allende sentado juntos a sus compañeros ministros y al pueblo en la mesa redonda de la igualdad. Este proyecto truncado por el quiebre violento de la democracia, se transforma en un nuevo detenido-desaparecido de la historia de Chile.

“La historia se vuelve nebulosa” (64), dice Baradit cuando de enfrentar otras posibilidades de construir un relato se trata. *Historia secreta de Chile* no trata de “descubrir” información no registrada en ninguna parte, sino que busca asignarle un lugar en “la Historia”, a aquellos hechos olvidados, relegados, opacados y suprimidos por el registro oficial. La idea, por tanto, es que el secretismo impuesto se subvierta sobreponiéndose a la norma establecida. El escritor espera que el lector curioso -constantemente interpelado en el texto- reconozca las huellas que estos episodios dejaron, para finalmente enfatizar el descentramiento de la historia, más que solo desacralizarla. Descentrar equivale a recanalizar hacia la superficie hechos que paralelamente a la grandilocuencia de lo contado desentrañan “pormenores” cruciales para la historia personal y nacional; es el derecho a re-contar la nación desde los avatares de lo recóndito y lo inusual. No obstante, *Historia secreta de Chile* nos recuerda que los chilenos nos encontramos una y otra vez transitando por el mismo itinerario de violencia y de irracionalidad, de descubrimiento y de inventiva, pero finalmente es nuestro deber sacar una lección que dignifique nuestro futuro.

